

## LA EDICIÓN DE LAS «RAIMUNDI LULLI OPERA LATINA»

Cuando en el Año Santo de 1950 fueron presentados al público en la capital de la Cristiandad los dos primeros tomos de la edición crítica monumental de las obras completas de Juan Duns Escoto, sus editores organizaron una sesión solemnísimá en la que el gran historiador de la filosofía medieval Étienne Gilson glosó la significación de la efemérides. Vivo aún el recuerdo de aquel acto, séanos hoy lícito echar las campanas al vuelo en expresión de júbilo por un acontecimiento similar más modesto, pero que a nosotros toca más de cerca: la reciente aparición del primer tomo de las *Raimundi Lulli opera latina*. Con esta edición ahora iniciada se abre una época de plena madurez en los estudios lulianos.

No estará de más recordar el progreso de tales estudios en lo que va de siglo. En los albores del mismo, la rehabilitación de Llull se produce en el ámbito literario como consecuencia del Renacimiento catalán. Llull es celebrado como creador de la lengua, como poeta, como novelista y por otros aspectos parecidos o emparentados con éstos; exponente fiel de ese primer lulismo novecentista es el magno proyecto de las *Obres de Ramon Lull*, cuya realización, lograda ya en sus dos terceras partes, discurre a lo largo de cincuenta años. Entre tanto, se aviva la curiosidad por el personaje y por la inverosímil aventura de su vida extraordinaria, que se aprecia como un tanto bizarra y excéntrica. Tímidamente apunta el interés por sus experiencias y su doctrina místicas, tan influyentes otrora en la tradición española y europea. Se silencia, o se expone con sordina, el pensamiento filosófico-teológico del Doctor Iluminado, que provocó en el turbulento siglo XIV las iras del inquisidor Eymerich y en los tiempos modernos el recelo de las Congregaciones romanas. Los escasos partidarios de la filosofía luliana (el obispo Maura o Salvador Bové, por ejemplo) cifran su mayor empeño en mostrar la sustancial identidad de esa filosofía con la de Santo Tomás de Aquino, elevada a doctrina oficial en las instituciones docentes de la Iglesia Católica.

Un siglo de investigación histórica acerca del pensamiento de la edad media ha cambiado por completo nuestra visión de la misma, en términos que Ramón Llull se nos aparece hoy como el portavoz autorizado de algunas de sus aspiraciones más profundas. Ha quedado totalmente invalidado el acre juicio de Karl Prantl en su *Historia de la Lógica en Occidente*, donde presenta a Ramón Llull como medio loco y su Arte como una excrecencia singular sin contacto con el ambiente cultural de la época. A la mirada del historiador alemán, demasiado estrecha, por los prejuicios de su tiempo, escapó la auténtica grandeza de Ramón Llull, el hombre que mantuvo enhiesta en su siglo, sobre todo frente al empuje arrollador del mahometismo, la bandera de la Catolicidad activa y militante y acertó a sustituir el ideal ya periclitado de la cruzada bélica por el ideal más realista —valga la paradoja— de la cruzada misional. Ni es verdad que ese soñador empedernido —«fantástico», como él mismo se apellida y le apellidan—, se estrellara en el fracaso por incompreensión del ambiente; antes bien, encontró amplias y generosas ayudas para la ejecución de sus planes, desde su fundación juvenil de la comunidad de Miramar hasta la franca aceptación de sus planes de cruzada misional por el concilio ecuménico de Viena, en Francia, en las postrimerías de su vida.

Y, si bien es cierto que su Arte magna extravaga de las corrientes doctrinales del siglo XIII, en cambio continúa y da cima a corrientes del siglo anterior en que la constitución de una teología al estilo matemático, ya preconizada por Boecio, fué aspiración de un refinado sector de pensadores, según han puesto de relieve los recientes trabajos del P. Platzcek. Desde Platón, la matematización del pensamiento se viene intentando en todas las épocas; y es Ramón Llull quien en la edad media encarna ese ideal mejor que nadie. Con sobrada razón, los cultivadores de la Lógica matemática, hoy en pleno auge, consideran a Leibniz como padre de la misma y a Llull como su precursor.

Por otra parte, y pese al escaso éxito aparente de sus ideas en vida, Llull ha ejercido una influencia vasta y profunda en el pensamiento europeo a lo largo de cinco siglos. La historia del lulismo —en su sentido más amplio, es a saber, comprensivo del pseudolulismo y del antilulismo— maravilla por la riqueza de sus episodios y la violencia de sus contrastes; a los momentos de persecución siguen, en efecto, otros de exaltación apasionada. Al final de la edad media, la filosofía luliana actúa de revulsivo contra el nominalismo, al que

ayuda a socavar; y, de rechazo, allana el camino al realismo neoplatonizante que triunfa en el Renacimiento. Durante un par de siglos, y aún más, el entusiasmo por Llull y por el Arte magna se contagia a todo el Continente y crece hasta culminar apoteósicamente en la empresa editorial de Maguncia. Desde Nicolás de Cusa hasta Leibniz, una serie de relevantes personalidades alimenta sin cesar ese fervor luliano europeo.

Ya, en el siglo XVIII, Ivo Salzinger comprendió la necesidad de suministrar una base sólida al movimiento lulista mediante el conocimiento de los propios textos del Doctor Iluminado y emprendió su publicación sistemática, no sin una concienzuda preparación en la que invirtió largos años. En ocho grandes tomos in-folio fueron divulgadas una cincuentena de obras lulianas, latinas todas ellas —salvo una—, muchas inéditas y algunas muy valiosas. Pero el fallecimiento de Salzinger y de sus más inmediatos colaboradores y la desaparición de los mecenas que respaldaron económicamente la edición, dejaron la empresa truncada en sus comienzos, cuando faltaban aún por imprimir unas tres cuartas partes del *opus* luliano. Y, por más que en las décadas siguientes se sucedieron en Mallorca varias tentativas de continuación de la edición maguntina, ha sido preciso llegar a este año de gracia de 1959 para que el proyecto de dar a la estampa las obras latinas de Ramón Llull en su totalidad reverdeciera y fuese llevado a la práctica. Esta vez la iniciativa ha partido de la *Maioricensis Schola Lullistica*; y su realización ha sido encomendada también a un sabio alemán, miembro de la misma, experto en la técnica de las ediciones críticas que las necesidades de los tiempos actuales demandan. Como entonces Ivo Salzinger, ahora el profesor Friedrich Stegmüller cuenta con la simpatía y el entusiasmo de los lulistas mallorquines y catalanes y con el respaldo moral y económico de instituciones culturales españolas, tales como el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Fundación «Juan March». También ahora, como entonces, ha precedido una concienzuda preparación: se han realizado expediciones científicas de rebusca en los archivos y bibliotecas más importantes de Europa, se han fotocopiado manuscritos en gran número, se montó en el Seminario de Teología de la Universidad alemana de Freiburg una filmoteca cuyo fondo se aproxima por el momento al millar de microfilms, se ha reunido una copiosa bibliografía y abundante información, se ha organizado y adiestrado un equipo internacional de colaboradores, se ha formalizado un catálogo

completo de los textos lulianos y ha sido elaborado un plan de publicación en unos treinta y cinco tomos que irán apareciendo a un ritmo regular rápido —dos tomos por año— y guardarán un orden cronológico, si bien dando la precedencia a los textos todavía inéditos sobre los ya publicados. Para la ejecución de tan múltiples tareas ha sido erigido en la Facultad de Teología de Freiburg dicho Instituto Luliano —recuerdo, asimismo, del que regentó dos siglos atrás Salzinger en Maguncia— al que asiste el reconocimiento de los poderes públicos y de las autoridades académicas y la ayuda material de la Sociedad Alemana para la Investigación y de la Asociación Científica de Freiburg. El naciente organismo reúne, pues, todas las garantías de eficacia y de estabilidad que una empresa de tal volumen y de tanta responsabilidad requiere.

La edición de los textos latinos de Ramón Llull viene a alinearse junto a una serie de otras similares de obras completas de grandes escolásticos, que jalonan el progreso de los estudios sobre el pensamiento de la edad media en las últimas décadas. Recordemos la edición crítica de los escritos de Santo Tomás de Aquino, iniciada por el pontífice León XIII —o edición leonina—; la de las obras de San Buenaventura, realizada por los franciscanos del colegio de Quaracchi; la monumental de Duns Escoto, ya citada, a cargo de la Comisión franciscana que trabaja en Roma bajo la dirección magistral del P. Carlos Balic; la de San Anselmo, que dirige el benedictino Dom Schmitt; la de San Alberto Magno, cuyos magníficos tomos aparecen regularmente en Colonia; la también alemana de Nicolás de Cusa, para no mencionar las de otras personalidades de menor rango, que han merecido asimismo los honores de una divulgación erudita y exhaustiva.

La nueva edición permitirá avanzar rápidamente hacia un mejor conocimiento de la personalidad de Ramón Llull y, sobre todo, de su ideario. Ya el tomo publicado aporta un puñado de noticias biográficas, nunca aprovechadas hasta ahora, referentes a los años 1313 a 1315, a los que no alcanza la *Vita coetanea*, y sobre la última actuación del Maestro en Mesina y en Túnez. Quedará establecido con firmeza el elenco de su producción literaria, fijados los textos y desaparecerán las perplejidades sobre la identidad o diversidad de escritos cuyo parecido verbal o ideológico engendra ahora serias dudas. El fruto mejor va a consistir indudablemente en que se proyectarán raudales de luz sobre el ideario teológico, filosófico y científico de Ramón

Llull, más desconocido de lo que corrientemente se cree, por falta de los textos pertinentes en que apoyar el conocimiento. Todavía, a estas alturas, el número de escritos lulianos inéditos sobrepasa el centenar, lo cual significa que en el estudio de Llull existen bastantes deficiencias; estos huecos por llenar se hacen muy sensibles en la teología, tanto más que una buena porción de dichos inéditos versa sobre materias teológicas. En su virtud, podrá ser abordada con éxito la tan debatida cuestión de la ortodoxia luliana. No me atrevo a pensar que de resultas de la actual edición vayan a ser rectificadas las grandes líneas del sistema doctrinal de Ramón Llull, tal como en este momento las conocemos; pero a buen seguro aparecerán nuevas e insospechadas perspectivas y matices en su pensamiento y habrá que proceder a algunas rectificaciones de detalle.

Por fin, resultará posible encauzar hacia una justa solución dos enigmas históricos en torno al sistema luliano. Uno es el de las fuentes latinas en que se inspiró, dejada aparte la cuestión de las fuentes árabes. Ciertamente, Llull se inscribe en la tradición teológica occidental agustiniano-anselmiana; pero, dentro de ella, falta concretar los autores de su predilección y las obras en cuya lectura y meditación ha germinado su propio pensamiento. ¿Fueron los Victorinos, cuyo influjo se revela en su doctrina de la Trinidad, en sus «razones necesarias» y en alguna que otra cita? ¿Fueron los místicos cistercienses, conocidos en el trato y en la biblioteca de los monjes de Santa María de la Real? El otro enigma se refiere al impacto causado por Ramón Llull en el pensamiento teológico-filosófico europeo de los siglos XIV y XV. De sus varias actuaciones en París ¿persistió únicamente la empresa antiaverroísta, como parece desprenderse de las espléndidas miniaturas que ilustran el conocido códice de Karlsruhe? ¿O bien influyó Llull por su nuevo método en los maestros de la Facultad de Artes, como dan a entender las prohibiciones oficiales promulgadas por Gersón? Relacionado con este segundo enigma, se halla el problema de la iniciación luliana de Nicolás de Cusa, hoy en vías de ser desvelado. Nótese que entre las obras lulianas que Nicolás copió de su mano o compró para enriquecer su biblioteca, figuran algunos de los inéditos sobre teología a que antes nos hemos referido. Mientras no se publiquen, seguiremos a oscuras sobre el grado de asimilación de las doctrinas lulianas por el gran Cardenal. Naturalmente, en el lapso de más de un siglo que separa a Llull del Cusano, hay una cadena de otras influencias poco conocidas todavía, pero que

lentamente van saliendo a superficie. A acelerar ese proceso de complementación histórica la publicación íntegra de las obras latinas de Ramón Llull puede contribuir en gran medida. Entonces quedarán establecidas aquellas conexiones con el pensamiento anterior, coetáneo y posterior que escaparon a la perspicacia de Prantl. Por efecto de la nueva edición, Ramón Llull va a ser reincorporado plenamente a la Escolástica medieval como uno de sus grandes representantes.

JOAQUÍN CARRERAS Y ARTAU  
Catedrático de la Universidad  
Barcelona